

á Basilea para un tiempo bastante remoto, bien que determinado y que estaba ya muy próximo. Como los siete años de la prorogacion habían empezado á correr desde el 19 de febrero de 1424, espidió Martino V su bula de ejecucion el dia primero de febrero de 1431, y dió sus veces al cardenal Julian Cesarini para celebrar el concilio, declarando, que por hallarse enfermo no podia presidirle él mismo en persona. No se tardó en conocer la verdad de su escusa, pues murió en Roma, á 20 del mismo mes, de edad de sesenta y tres años, á los trece y tres meses y medio de pontificado. Muy hombre de bien y grande hombre de Estado, que por lo que hizo en unos tiempos tan calamitosos, ya para aumentar el esplendor de Roma, ya para aquietar la Italia, y ya en fin para proporcionar la paz y dar nuevo lustre á la gloria de la Iglesia universal, nos hace echar de menos lo que seguramente no habria dejado de ejecutar en circunstancias mas favorables. Los censores, que están dispuestos á criticar la conducta de todos los Papas, le acusan de haberse complacido en atesorar; pero el testimonio que le da San Antonio sobre este artículo, junto con el uso que hizo de estos tesoros en todas las grandes obras de que acabamos de hablar, le justifica superabundantemente (1).

Gabriel Gondomer, veneciano, y sobrino de Gregorio XII, del cual habia recibido el capelo siendo obispo de Sena, fué elegido Papa el dia 3 de marzo, con el nombre de

(1) *Atit. chron. Titul. 282. c. 8.*

Eugenio IV, por los cardenales reunidos en número de catorce solamente, porque cinco estaban detenidos en otra parte, y los cuatro que habian sido creados poco antes por el difunto Papa, no estaban todavía preconizados. San Antonino, que tuvo mucha intimidad con Eugenio, hace de él un grande elogio, y alaba particularmente su caridad, su fervor y su celo. Luego que el nuevo Papa se vió colocado en la Santa Sede, mostró un rigor excesivo, ó cuando menos muy intempestivo, en perseguir á los dependientes, y aun á los mismos sobrinos del difunto Papa, con el pretexto de haber sido distraídos de una gran parte de los muebles preciosos y de los tesoros de aquel Pontífice. Se dice que á mas de cien personas costaron la vida estas pesquisas. Los Colonnas, que eran parientes de Martino, tomaron las armas, y antes de sujetarlos hubo muchos alborotos y se derramó mucha sangre. Ya se habia mirado como de mal agüero para el pontificado de Eugenio un eclipse de sol que hubo el dia en que murió Martino. Habiéndose tambien desnivelado las vigas de la sala en que celebró Eugenio su primer consistorio, y habiendo perecido algunas personas en el tumulto, se figuró el vulgo crédulo que solo debia esperar calamidades y desgracias. Presto veremos que el reinado del nuevo Papa fué en efecto muy tempestuoso; pero tambien se podrá advertir que en caso de querer hacer algun pronóstico, no se debia atender á la revolucion de los astros ó de los elementos, sino á la contraposicion de las ideas, de las pretensiones y de los intereses.

LIBRO QUINGUAGÉSIMO-PRIMERO.

Desde el principio del concilio de Basilea en el año 1431, hasta el fin del concilio de Florencia en el de 1442.

Los tristes principios del concilio de Basilea parecieron á esas nubes oscuras donde se forman lentamente las tempestades. El dia 3 de marzo del año 1431, destinado para abrir la asamblea de la Iglesia universal, que era precisamente el dia de la eleccion de Eugenio IV, se vió por un fenómeno que no tiene ejemplo, que un solo hombre, sin ser obispo, procedió á una ceremonia tan augusta. Este prelado único, abad de Vezelai en Borgoña, pasó á la catedral en el dia señalado, y tomó testimonio de esta diligencia el dia inmediato delante de los canónigos de la misma iglesia. Llegaron á últimos del mes cuatro doctores de Paris, aunque dos de ellos se separaron al punto para ir á Alemania á adquirir noticias del cardenal de Sant-Angelo, Julian Cesarini, que estaba ocupado en calidad de legado en expediciones contra los husitas, y habia sido confirmado por el Papa Eugenio en la dignidad de presidente del concilio. Este delegado, que no queria renunciar todavía los triunfos que sin ningun fundamento se prometia en Bohemia, nombró subdelegados para que le representasen en Basilea, á Juan Polemar, auditor del Sacro Palacio, y á Juan de Ragusa, doctor dominicano de la universidad de Paris. A 25 de julio verificaron segunda apertura estos presidentes subalternos del concilio, con el perseverante abad de Vezelai, los diputados parisienses, y al-

gunos sacerdotes del pais; mas opinaron que aun no debian darla el nombre de session.

Por último, el cardenal de Sant-Angelo abandonó sus guerras de Religion, y á mediados de setiembre pasó á la ciudad de Basilea, desde donde escribió á todos los metropolitanos de la cristiandad, exhortándolos á que sin demora alguna concuriesen al concilio con sus sufragáneos (1). Mas aunque eran urgentes estas exhortaciones, el número de los prelados pareció desproporcionado por mucho tiempo á su dignidad de representantes de la Iglesia universal, y segun se dice, estaban reducidos á tres obispos y siete abades, cuando el cardenal legado juzgó que era necesario participar al Papa tanta soledad (2). Adoptaron, pues, el partido de enviar en su nombre y en el del concilio á Juan Beaupere, canónigo de Besanzon, para que diese la noticia al Pontífice, y le participase al propio tiempo el deplorable estado en que se hallaba el clero de Alemania, y le dijese que el contagio de los nuevos errores cundia por todo el imperio: que habian estos penetrado hasta la ciudad de Basilea, en la que se miraba con sumo desprecio á los eclesiásticos; y por otra parte, no podia ha-

(1) *Ampliss. Collect. t. 8, p. 28.*

(2) *Conc. Hará. t. 8, p. 1177.*

ber allí tranquilidad en vista de las hostilidades comenzadas entre los duques de Austria y de Borgoña. Añadióse á esto otro nuevo contratiempo, á saber, que tornando los griegos á mostrar deseos de unirse con los latinos, y conociendo que el concilio que habian propuesto se celebrase á este fin en Grecia no podia verificarse allí, pidieron el emperador y el patriarca de Constantinopla que se tuviese por lo menos en alguna ciudad de Italia que les ofreciese mas comodidades. Por estas consideraciones contestó el Papa á su legado el día 12 de noviembre, segun Rainaldo, Spondano y Pagi, que disolviese la parte de concilio que habia en Basilea (estos son los términos de la bula), y le trasladase á Bolonia, para que se abriese allí dentro de año y medio. Otro descubrimiento, hecho poco tiempo despues, confirmó á Eugenio en esta resolucio. Habiendo sabido que el legado y los Padres de Basilea habian convidado á los sectarios de Bohemia para que fuesen á conferenciar sobre los puntos controvertidos entre ellos y los católicos, le pareció que esto era volver á poner en cuestion lo resuelto con tanta solemnidad, y espidió á 18 de diciembre otra bula, dirigida á todos los fieles, declarando formalmente disuelto y trasladado á Bolonia el concilio de Basilea. Hé aquí el primer origen de los tristes debates en que, como vamos á ver, luchó por tanto tiempo y tan repetidas veces el Papa Eugenio IV con el concilio de Basilea.

Mas antes de la bula de 18 de diciembre, el cardenal Julian, que acaso entendió la anterior como una orden solo condicional de disolver el concilio, esto es, en el supuesto de que las circunstancias fuesen segun se habia dicho al Pontífice, creyó quizá que habian variado, é indicó la primera sesion para el día 14 del mismo mes, y la celebró en efecto. Hubo antes congregaciones preliminares, en que se formaron reglamentos que

anunciaban una asamblea muy distinta de lo que era entonces. No se contaban todavia doce prelados en Basilea, y ya se habian distinguido como en Constanza cuatro naciones, á saber: italiana, francesa, alemana y española. Ordenaron tambien todo lo concerniente á la tranquilidad y al buen orden. En consecuencia, el presidente, adornado con las vestiduras pontificales, tomó asiento cerca del altar en la Silla episcopal, vuelto el rostro á los obispos, quienes revestidos tambien de ornamentos episcopales, estaban sentados en las sillerias de los dos lados del coro. Los embajadores de los principes ocupaban unos bancos que habia en medio, vuelta la cara al presidente, y estaban detrás de ellos los generales de las órdenes religiosas, los abades, doctores y demas eclesiásticos. Para evitar toda dificultad acerca de los puestos y de la preeminencia, resolvieron que en lo sucesivo no se citase como ejemplar lo hecho en Basilea. Despues de las oraciones y exhortaciones acostumbradas, se leyó el decreto de Constanza acerca de la obligacion y del tiempo de celebrar los concilios, con las bulas de Martino V y Eugenio IV, en que designaban la ciudad de Basilea para ejecutar por último el gran proyecto de la reforma.

El cardenal Julian, al recibir la bula formal de traslacion, pareció quedar muy disgustado; mas no obstante escrupulizó al principio faltar á ella, y declaró á todos que ya no podia ejercer las funciones de presidente. Veremos despues que su conciencia dudosa, variable, dominada por las circunstancias, como sucede con frecuencia en estas situaciones críticas, no fué siempre tan timorata. Primero se contentó con representar al Pontífice contra la bula de traslacion, diciendo que habia sido espedida en virtud de un informe falso; pero esta falsedad solo podria imputarse al canónigo Beaupere, cuya relacion habia movido al Papa

á tomar aquella providencia, y cuyo carácter de enviado del concilio le daba la mayor autoridad que se podia apetecer. Sin embargo, en ninguna parte le acusan de infidelidad; lejos de eso, así antes como despues de esta comision, le califican de doctor venerable y le tratan con toda atencion y miramiento. Esta es una especie de contradiccion que da motivo para presumir que en este negocio se han mezclado algunos documentos falsos, ó á lo menos que se han perdido otros esenciales, lo que debe servirnos de aviso para que en esta parte seamos muy circunspectos en nuestros juicios.

El Papa, engañado por un falso informe, no era culpable en la publicacion de sus dos bulas, y la dignidad de su persona merecia todo género de acatamientos de parte del concilio; así es que los Padres dieron orden á sus comisionados, que eran el obispo de Lausanna y el dean de Utrecht, de que instasen muy humildemente al Papa para que se dignase revocar sus bulas. Creyóse en la córte de Roma que en Basilea se aguardaria la respuesta de Eugenio antes de que se pasara á celebrar la segunda sesion; pero habia en el concilio gran prisa y prurito por seguir adelante en las deliberaciones y sesiones á fin de que no fuese ya posible al Papa romper su nudo y disolver la asamblea. Así, aun cuando todavia no habia en Basilea mas de catorce prelados entre obispos y abades; aunque en la bula de convocacion se decia espresamente que no se celebraria el concilio mientras no asistiese á él un número suficiente y conveniente de prelados, no por eso dejaron de ir solemnemente á la iglesia catedral de Basilea, publicar en ella decretos (1) y espedir cartas circulares, previniendo á los diferentes prelados que

concurriesen á él prontamente, bajo las penas del derecho (1). El día 15 de febrero (1432), celebraron la segunda sesion, en la que presidió el obispo de Coutances (Normandia), Filiberto de Mont-Joyeux, en lugar del cardenal de Sant-Angelo, y se tomaron cuantas precauciones creyeron oportunas contra todo lo que pudiese intentar el Pontífice para disolver ó trasladar el concilio. Al efecto leyeron segunda vez los famosos decretos de las sesiones cuarta y quinta de Constanza, en los que se declaraba que el concilio general recibe su potestad inmediatamente de Jesucristo: que toda persona, de cualquier dignidad que sea, aun pontificia, está obligado á obedecerle en lo perteneciente á la fé, á la estirpacion del cisma y á la reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros; y que cuantos se nieguen á obedecerle, aun cuando sea el mismo Papa, deben ser castigados del modo conveniente, y en caso necesario por los medios de derecho.

Por lo tanto, nuestro santo concilio (dicen los Padres de Basilea) que representa á la Iglesia militante, y ha sido legítimamente congregado para la estirpacion de los errores y de las heregias, para la reforma de la Iglesia en su Cabeza y en sus miembros, y para la pacificacion de los principes cristianos, declara y define que está debida y legítimamente constituido en esta ciudad: que no puede ser disuelto, trasladado ni diferido por cualquiera que sea, ni aun por el Papa, sin el consentimiento de los Padres: que nadie puede ser llamado por cualquiera que sea, ni impedido de concurrir á él, aun con pretesto de necesidad en la curia de Roma, á no ser que lo apruebe el santo concilio: que se anulan con anticipacion las censuras, la privacion de beneficios y cualquiera otro

(1) *Hist. de l'Egl. gall. t. 47.*

(1) *Conc. t. 12, p. 832.*

medio de coartar la libertad en esta materia; por último, que antes de que se terminase el concilio ningún individuo de él se retiraría de la ciudad de Basilea, á no ser por una causa razonable á juicio de la diputación que se nombrase para este examen, y que aun en tal caso habian de dejar procuradores que los representen. Dificil era llevar mas adelante la prevision y las precauciones; pero al mismo tiempo no podian menos de indisponer al Papa estos procedimientos, y dar causa á divisiones y á muchos escandalos. Doce ó catorce prelados que se reunen contra la espresa y terminante voluntad del Gefe de la Iglesia, se atreven sin embargo á proclamarse representantes de toda la Iglesia; y ¡circunstancia notable! casi todos esos prelados son franceses: el presidente es el obispo de Coutances, y lector ó promotor el de Perigueux. Esos prelados, autorizándose con unos decretos del concilio de Constanza que evidentemente solo hablaban del tiempo de cisma, y de cisma ocasionado por dos ó mas personas que se decian revestidas de la dignidad Papal, aplican esos decretos á unas circunstancias comunes y ordinarias en que no habia cisma alguno, en que el Papa no era dudoso, en que nadie negaba la legitimidad de Eugenio IV. Mas adelante veremos á los PP. de Basilea, fieles al falso principio de la superioridad del concilio sobre el Papa, sacar de él la última consecuencia con la deposición del Soberano Pontífice, como se ha visto á asambleas políticas sacar por última consecuencia del falso principio de la soberanía del pueblo el destronamiento del rey.

Para evitar estos peligros reunióse en la ciudad de Bourges á 26 de febrero el clero de Francia, ó á lo menos el de las provincias que estaban entonces sujetas al rey Carlos VII. No ignoraban estos prelados las razones que militaban á favor del concilio

de Basilea, como por ejemplo, la esperanza de reducir á los husitas y la necesidad de una reforma en todas las clases de la gerarquía; mas tampoco habian puesto en olvido el respeto y miramientos debidos á la autoridad pontificia. En un escrito dirigido con el título de dictámen, segun el estilo de aquel tiempo, al rey que los habia convocado, declararon que el concilio de Basilea interesaba en las circunstancias presentes al bien de la Iglesia: que de otro modo la heregia de los bohemios, que habia penetrado ya en algunos rincones del reino, derramaria en él su veneno por todas partes: que el príncipe, animado del mismo espíritu que sus antepasados por la conservación de la Religión, haria una obra digna de él enviando una embajada solemne al Pontífice, para ver si podia conseguir que se mostrase favorable al concilio, y que al propio tiempo debia exhortar al emperador y á los duques de Saboya y de Milan, á que no hiciesen ninguna cosa capaz de mover al Papa y á la curia pontificia á tomar una resolución violenta, como la de disolver ó suspender la asamblea. Pedian tambien al rey la libertad de que pudiesen asistir á ella sus obispos; pero le suplicaban igualmente que enviase con prontitud embajadores á Basilea, á fin de conservar allí el espíritu de paz y de concordia, y de dar noticia de las diligencias que se practicaban con respecto al Papa.

Los doctores de Paris, ó por mejor decir, la parte de la universidad que se veia en el oprobio bajo el yugo de Inglaterra, no dejó de intrigar en un asunto cuya magnitud é importancia cubria á lo menos por entonces la mancha de su deslealtad y de su connivencia en la usurpación. Mas si los prelados adictos invariablemente á su legítimo soberano, trataban con dignidad los grandes intereses de la Cabeza y del cuerpo de la Iglesia, aquella desacreditada junta de presbiteros,

ros, clérigos de menores y legos, puso en olvido todas las reglas de una sabia economía, de la circunspeccion y hasta del decoro. Escribieron cartas sobre cartas á Basilea (1) por espacio de muchos meses, ya diciendo que solo los hijos de iniquidad habrian podido pensar en la traslación del concilio, ya que el enemigo del género humano habia sugerido aquel pensamiento detestable, y ya que era necesario hacer frente á unos artificios tan perniciosos, y resistir á Eugenio cara á cara, asi como Pablo habia resistido á Pedro (lo cual es falso). En una palabra, procedieron con una violencia que no prueba otra cosa sino que no es á los clérigos de segundo orden, y mucho menos á los legos, á quienes ha sido dado entender en la administración y gobierno de los asuntos principales de la gerarquía.

Estos doctores inquietos pretendieron intervenir del mismo modo en los negocios políticos, á lo menos para acelerar la paz, cuya tardanza, al paso que acrecia á cada instante la miseria pública, disminuía en igual proporción el número de los estudiantes y los emolumentos de los maestros. Con este motivo incurrieron en la indignación del regente británico, duque de Bedford, quien al principio anuló muchos privilegios y luego instituyó la universidad de Caen para darles mas que sentir; golpe de los mas crueles para aquellos maestros interesados, que con la multiplicación de las academias literarias veian decaer mas y mas la celebridad de la que se hallaba establecida en la capital. Hicieron muchas representaciones y se quejaron altamente; pero lo despreció todo el duque, poco agradecido, como sucede siempre, al vergonzoso sacrificio que le habian hecho de su honor y de su patria. Confirmó el Papa Eugenio este nuevo establecimiento en el año 1437 y le concedió

(1) Duboul. t. 5, p. 412.

todos los privilegios que disfrutaban las demás universidades.

A pesar del celo que se manifestaba en Francia á favor del concilio de Basilea, es de presumir que no hubiera podido resistir mucho tiempo á los esfuerzos del Papa y de la curia romana, si el emperador, mas afortunado en el gobierno de los clérigos que en el de los militares, no hubiese hecho, aunque con alguna menor viveza, el mismo papel que le hemos visto hacer ya en Constanza. Habia perdido trece batallas campales contra los husitas: su cetro de Bohemia estaba, por decirlo así, pendiente de un hilo, y solo veia algun recurso en las conferencias que ofrecian los Padres de Basilea á aquellos reformadores rebelados. Estaba entonces en Roma ocupado en condecorarse con coronas imperiales, á saber, con la de hierro que fué á recibir á Milan, segun la costumbre antigua, y la de oro que recibió en Roma de mano del Papa Eugenio el dia de Pentecostés del año 1433. Se interesó por la continuación del concilio, é hizo los mayores esfuerzos para inspirar al Papa los mismos sentimientos; pero exhortó mucho á los Padres del concilio á que no se precipitasen en nada, á que usasen de los medios de la dulzura y conciliación mas bien que de los de la autoridad, y á que evitasen sobre todo cualquiera providencia ruidosa que pudiera suscitar un nuevo cisma.

Entretanto se iban multiplicando las sesiones en un concilio que desaprobaba el Papa; y sin contar las dos primeras, se celebraron hasta doce en este estado de crisis y de ese peligro cada vez mas próximo de rompimiento. La primera vez que se reunieron, se hizo una moción jurídica, por la cual se intimaba al Papa asistiese al concilio, ó que enviase alguno en su nombre, en el término de tres meses. Se mandó á todos los cardenales (lo cual no tenia ejemplar) que concurren personalmente,